Lección 13
25 de Diciembre de 2010

Baruc: Creó un legado en un mundo decadente

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido"* (Isaías 8:20).

Introducción

Analicemos el versículo central de esta semana. Es pequeño en longitud, pero define lo que proviene de Dios y lo que tiene otra fuente. Todo aquel predicador, maestro, creyente, que no sigue el manual de Dios, que es la Biblia, no tiene parte en el Reino de los cielos. ¡Y cómo hay de esos hoy en día! Es fácil engañar al pueblo, muy fácil. Leyendo este versículo en mi Biblia, me doy cuenta de esta realidad. Mateo 27:20 dice que los principales sacerdotes persuadieron al pueblo para que gritara en contra de Jesús, pidiendo que fuera muerto. Y el pueblo, en su mayoría, estuvo de acuerdo. Era el mismo pueblo que había visto los milagros de Jesús, cómo Él había repartido el pan y los peces, que había resucitado muertos, que sanaba toda clase de enfermedades, incluso la plaga de la época que era la lepra, que enseñaba el bien, el amor, la paciencia, la honestidad, la bondad, la armonía, la vida familiar en felicidad, que enseñaba a vivir correctamente. Ellos lo habían visto hacerlo todo el tiempo. Pero… cuán fácil fue para aquellos sacerdotes y principales del templo engañar al pueblo para volverse en contra de un hombre que nunca había practicado delito alguno, sino que hacía sólo el bien…

De la misma manera sucede hoy. El pueblo es el pueblo. Es masa fácil de engañar. El pueblo no investiga por sí mismo, sigue la conversación de los demás. Por lo tanto, debes dejar de ser simplemente parte del pueblo, para convertirte en un individuo investigador que busca sinceramente el conocimiento de la Biblia y aplicarlo. La búsqueda del conocimiento sólo no es suficiente. Hay que ser humilde y sencillo, para que el conocimiento de la Biblia sea utilizado por el Espíritu Santo para transformarnos y podamos aplicarlo en la vida práctica. No caigamos en la conversación banal de aquellos que no siguen la concluyente prueba de veracidad que es la obediencia a la ley y al testimonio, que es la Biblia entera. Ese fue el grave problema que llevó a la nación judía al fracaso en tiempos de Jeremías y de Baruc.

El estudio de esta semana se centra en Baruc. ¿Quién fue él? Fue el asistente del profeta Jeremías. Baruc era un erudito, un escriba, muy instruido, de familia noble (Jeremías 51:59), y se volvió asistente de Jeremías durante el exilio de los judíos en Babilonia (Jeremías 36:4). Pertenecía a la tribu de Judá, era hijo de Nerías y hermano de Seraías, camarero principal de Sedequías (Jeremías 51:59). Baruc, Baruch o Baruk ben Neriah (en hebreo, Barukh) significa Dios sea bendito o bendecido. Era un siervo fiel y obediente, aunque fuera de familia noble y bien ubicada económicamente; era escriba, o sea copista y maestro de las Escrituras (Jeremías 36:4), y secretario del rey y escribiente (Esdras 7:6; Jeremías 8:8), un alto funcionario del imperio babilónico para Judá; proclamador de los mensajes de Jeremías (Jeremías 36:13); defensor de las leyes (Jeremías 43:6); y fiel a ella (Jeremías 45:2-50).

Baruc vivió en tiempos de grave crisis. Debido a su celo por Dios sufrió mucho con las actitudes de los reyes y del pueblo, que encaminaban a la nación en dirección a la catástrofe. Llevó las revelaciones de Dios a Jeremías al rey y a los principales, pero no fue escuchado; por el contrario, fue rechazado. Fue un tiempo parecido al de hoy, cuando el mundo va de mal en peor, sin querer cambiar de actitud. Este estudio aportará grandes lecciones para nosotros, tanto como individuos, como también iglesia.

El mundo de Baruc

Hay un paralelismo muy intenso y peligroso en lo que ocurrió con el fracaso de Judá y el zarandeo entre nosotros, en nuestros días. Necesitamos entender esa relación para estar advertidos, y no caer en los mismos errores en los que cayera aquella gente en el pasado. El estudio de esta sección entonces es vital para trazar la diferencia entre la vida eterna y la muerte eterna, como sucedió para muchos judíos del tiempo de Baruc y Jeremías.

La situación política de Judá era de sometimiento al imperio babilónico. Habían llegado a ese punto por falta de obediencia a Dios. Y en eso consiste nuestra primera lección. ¿Por qué cayeron ellos? Fueron atrás de otros dioses. Aunque habían adoptado la idolatría de los pueblos paganos que los rodeaba, aunque se sintieron atraídos por la cultura de esos pueblos, creyeron que por tener el majestuoso Templo de Salomón, y el arca dentro de él, nada podía ocurrirles. Aquél Templo, que había sido destinado a ser la habitación de Dios entre ellos, hacia donde debía estar encaminada la adoración, el culto y la alabanza al Dios Creador que los había sacado de Egipto, con el tiempo sólo quedó el valor arquitectónico, nada más. En el pasado, Dios había hecho grandes cosas por ellos, pero ahora estaban a la deriva espiritual. ¿Por qué razón? La atracción de los aspectos culturales de las naciones a su alrededor había conquistado sus corazones. Pasaron a adoptar prácticas de vida de aquellos pueblos idólatras, pasaron a adorar sus dioses falsos, aún cuando confiaban en el lugar del Templo como protección, pues decían: “Templo de Jehová, Templo de Jehová”. Pues bien, el Templo se había transformado en una especie de amuleto, así como creían los paganos con sus talismanes. Por lo tanto, había llegado la hora en que Dios dejara que sucediera lo que siempre ocurre cuando los hijos de Dios se apartan de Él: ser subyugados por tales pueblos.

Ahora estaban bajo el yugo babilónico. Y no les estaba gustando demasiado. Pagaban pesados tributos, eran explotados, muchos de ellos habían sido llevados al exilio, habían quedado militarmente debilitados, económicamente frágiles y moralmente abatidos. Una de las consecuencias de todo ello fueron las divisiones internas entre los que quedaron en Judá. Se formaron partidos, o facciones que luchaban entre sí y que querían, a través

de medios diferentes, liberarse de Babilonia, como si eso fuera posible en la frágil situación en que se encontraban, sin el poder de Dios. Para empeorar la situación, no prestaban atención al profeta de Dios. A tal punto rechazaron al profeta, que éste necesitó enviar sus mensajes por medio de su asistente Baruc. Y aún así, acusaron a Baruc de haber escrito él mismo esos mensajes, y que por ello no provenían de Dios. Notemos el nivel hacia dónde había caído el pueblo de Dios. Fue por haberse distanciado tanto de Dios, que vieron su templo destruido, su capital Jerusalén, totalmente arrasada, y los fuertes e imponentes muros derribados en su mayor parte.

En nuestros días, ¿cómo está el pueblo de Dios? ¿Adora ídolos como ellos lo hicieron? Sí, la tentación continúa siendo la misma. Satanás siempre utilizó la cultura y sus costumbres, ajenas al pueblo de Dios, y de las cuales el pueblo debía precaverse y rechazarlas, para no ser seducido y abatido por ellas. ¿Continúa el pueblo siendo atraído por ídolos? Sí, en gran parte. Son los ídolos del fútbol, que fanatizan a muchos, y con los cuales se pierden cantidad de horas por semana, deleitándose en ellos. Son los ídolos del cine, artistas considerados heroicos, por los cuales muchos se apasionan y se miran en ellos, queriendo vivir como ellos, ser como ellos. Son los ídolos de la música satánica, que son más poderosos aún que los dioses anteriores, que han logrado poner esa música en nuestros CDs y DVDs. Ese barullo no le agrada a Dios, y de eso hay abundante material escrito, pero parece como si no lo estuviera. Esos escritos son mensajes rotos y arrojados en el fuego, por líderes que no tienen celo por las cosas santas. Todo eso es adorado, son cosas de la cultura mundana que muchos en nuestro medio dicen que hay que respetar. Pues bien, no existe una cultura en este planeta que sea copia de la cultura celestial; por lo tanto, debemos separarnos totalmente de este mundo, no mezclarnos con él. Debemos sacar a las personas de las culturas de este mundo, y no nosotros, como ocurrió con los judíos del tiempo de Jeremías, ser influenciados por esas culturas.

Hay otros ídolos, muchos otros, que atraen a la mayor parte del pueblo de Dios, por lo que ese pueblo será fuertemente zarandeado. Están los dioses de la moda, que muchos de nosotros no logran dejar de lado. Se hace de todo para que nos convirtamos en el centro de atracción. Seamos directos una vez más: las tinturas en el pelo, tanto para hombres como para mujeres; la pintura en las uñas; adornos; vestimentas ajustadas para mostrar las formas, en el caso de las mujeres; ostentación de ropa de marcas prestigiosas, en el caso de los hombres. Gran parte del pueblo de Dios, en todos los niveles, desde los líderes más encumbrados hasta quien no ocupa ningún cargo, está afectado por la cultura de afuera, que es la de abajo, no la de arriba. La cultura “de arriba” tiene los siguientes rasgos: humildad, sencillez, mansedumbre, estos especialmente. La cultura “de afuera”, que tanto atrae al pueblo de Dios (siempre fue así, no es de ahora), tiene como meta apartar a este pueblo de su Dios, hacerlo frágil para reducirlo a la nada. Sabemos que eso no va a suceder, pero muchos caerán, y se perderán. Y el zarandeo, que vendrá pronto, en pequeña intensidad ya se está dando.

Necesitamos aprender de nuestros antepasados, cómo se equivocaron y qué sucedió con ellos, para no cometer los mismos errores. Y el error esencial, que siempre estuvo, fue la atracción por aquello que provenía de las culturas que no son las de “arriba”.

El escriba de Jeremías

Los escribas eran personas de notable inteligencia. Eran personas que sabían leer y escribir, conocían la ciencia de la época, especialmente la matemática, el derecho, el dise-

ño, las artes, y mucha cultura y conocimiento general. Trabajaban en los altos cargos de los gobiernos para elaborar documentos, hacer los registros oficiales, escribir cartas, leer documentos. Para llegar a ser escriba había estudiar alrededor de doce años. En Egipto, por ejemplo, se necesitaba dominar alrededor de 700 jeroglíficos. Sólo ellos tenían oportunidad de seguir carrera en el servicio público o como administrador de propiedades, pues la escritura formaba parte de la especialización de esas profesiones. Eran tantas las exigencias para la carrera de escriba, cuanto honrosas y lucrativas las compensaciones para quien la seguía.

"El escriba o escribiente era quien en la Antigüedad dominaba la escritura y la utilizaba para, al mando de un regente, redactar las normas de pueblo en una determinada región o religión. También podía ejercer las funciones de contador, secretario, copista, archivista. En los libros sagrados para los cristianos y judíos, el término escriba hace referencia a los llamados doctores y maestros (cf. Mateo 22:35; Lucas 5:17), es decir, a hombres especializados en el estudio y la explicación de la Ley o Torah. Aunque el término aparece por primera vez en el libro de Esdras, eran exitosos en lo que hacía, y se sabe que tenían una gran influencia y eran muy prestigiados entre el pueblo, habiendo existido escribas partidarios de diferentes corrientes, tales como la de los fariseos (la mayoritaria), la de los saduceos y la de los esenios.

"Esta clase comienza a actuar en tiempos del Antiguo Testamento en las que la figura del profeta pierde su valor. En el Nuevo Testamento, es posible verificar que la mayoría de los escribas se opuso a las enseñanzas de Jesús (cf. Marcos 14:1; Lucas 22:1), que los critica duramente a causa de su proceder legalista e hipócrita (cf. Mateo 23:4-6; Lucas 11:45-52; 10:46-47), comparándolos a los fariseos, la corriente de escribas que representaba a la mayoría. Luego de la desaparición del Templo de Jerusalén en el año 70, seguido de la desaparición de la figura del sacerdocio hebraico, su influencia pasaría a ser aún mayor". [1]

Baruc era un escriba, aunque diferente a estos últimos. Aun cuando tenía cualidades para ser un importante personaje en el gobierno, y lo fue, era un hombre humilde, a punto tal de ser un siervo, trabajando para un profeta, una clase de personas fuertemente combatida por muchos gobiernos de Israel y de Judá. Era una rara combinación. Es como si hoy un doctor en Teología, con las más altas calificaciones, prestigioso mundialmente, sirviera como secretario de Elena G. de White para escribir sus visiones. Se necesita ser muy humilde para que tal combinación sea real. Y más aún. Baruc corrió riesgo de vida al ser secretario del profeta Jeremías, especialmente en un tiempo en el que los mensajes proféticos eran rechazados con ira. Esos mensajes comúnmente eran de reprensión y las personas no los aceptaban. En este caso, la calificación como escriba le pudo haber significado a Baruc un cargo bien cómodo y rentable, que escribir los mensajes de Dios. Pero Baruc fue un hombre fiel. ¡Cuánto puedo ayudar a la obra de la predicación una persona, hombre o mujer, muy calificada formalmente, pero que continúa siendo humilde! Y ¡cuán pocos de esos hay hoy en día!

¿Cómo funcionaba el trabajo del profeta y del escriba? Jeremías recibía una visión de Dios. Luego llamaba a su siervo Baruc, y le dictaba lo que había recibido de Dios. Y Baruc, con sus palabras, y con la elegancia de la escritura de una persona altamente calificada, escribía lo que Jeremías le había dictado. Aquí vemos la libertad en como Dios trata a sus siervos. Los mensajes era indigestos para los dirigentes de aquella época, lo

[1] Tomado de Wikipedia, edición en portugués.

normal sería que un buen escriba se apartara, no y quedara trabajando con un profeta tan rechazado como Jeremías. Pero Baruc no lo hizo así, tal como sí lo hicieron los escribas del tiempo de Jesús, quienes lo combatieron ferozmente, y se pusieron del lado del poder constituido para condenarlo y matarlo. Jesús pronunció una fuertísima reprensión contra ellos (ver en Mateo 23:13-39).

Es útil para analizar el enfrentamiento entre Jeremías y el falso profeta Hananías. Este preanunciaba que en dos años los judíos serían liberados del yugo babilónico. ¿De dónde había sacado esa idea? Ciertamente de él mismo, o de Satanás. Y Jeremías lo enfrentó, y lo denunció como falso. Jeremías hasta llegó a utilizar una ilustración muy contundente. Fabricó un yugo, como el que se coloca sobre los bueyes, y puso en él su cuello, para notar que la sujeción a Babilonia continuaría. Esta sujeción había llegado porque ellos habían rechazado a Dios. Pero Hananías quebró ese yugo, y Dios ordenó que Jeremías fabricara otro, de hierro, que no podría ser quebrado. Pero Hananías se mantuvo en sus dichos contra lo que Dios decía a través de Jeremías. Entonces Jeremías profetizó diciendo que era aceptable que un profeta dijera que la situación continuaría mala y en guerra, pero que si algún profeta decía que habría paz, sólo después de que esto se cumpliera debía ser aceptado como profeta. Y para sellar la veracidad de sus palabras, anticipó que Hananías moriría en ese mismo año. Lo cual aconteció. Aún así, la palabra de Jeremías, porque era contraria a los deseos de aquellos líderes pervertidos, no fue aceptada.

Ser el siervo de un profeta, tal como Baruc lo fue, y en tales situaciones, sólo pudo ser posible por la humildad y la fidelidad a Dios.

Ambiciones frustradas (Jeremías 36)

La nación de Judá iba de mal en peor. Estaba regida por el rey Joacim, hijo de Josías, quien había sido el último rey temeroso de Dios. Desde ese momento en adelante, los líderes nacionales habían sido cada vez peores. Se rebelaron contra Dios y sus profetas, y contra cualquier mensaje que viniera de Dios.

Pero Dios no los abandonó. A través de Jeremías envió un mensaje más al pueblo y al rey. Jeremías llamó a Baruc y le dictó unas palabras, y éste las escribió en un libro en forma de rollo. Hablaron con los líderes religiosos, que convocaron a un ayuno para que el rollo fuera leído. Baruc se lo leyó al pueblo, y quedaron impresionados. Allí estaba escrito cuál sería el futuro de la nación si ellos no cambiaban de actitud. El rey de Babilonia volvería, destruiría la ciudad de Jerusalén, sus muros y el Templo, y el pueblo sería esclavizado, pagando tributo, sin soberanía política. En otras palabras, lo que ya estaba bastante mal, empeoraría, y mucho.

Uno de los principales también estaba allí, y quiso que los demás nobles escucharan la lectura. Baruc lo leyó nuevamente, y éstos quedaron muy impresionados, y se miraban entre sí preocupados. Llegaron a la conclusión de que este mensaje debía ser escuchado por el rey Joacim. Pero antes intentaron proteger a Baruc, pues conocían bastante bien el carácter del rey, cuya reacción podía ser violenta contra el profeta y su escriba. De hecho, ni bien el rey supo del contenido del rollo, sin haberlo terminado de escuchar por completo, no sólo intentó destruir el documento, sino que ordenó que el profeta y su ayudante fueran arrestados. Pero no los pudo hallar; Dios, en ese momento, los protegió. Jehudí, otro escriba al servicio del rey, leyó el texto, pero no logró terminar de hacerlo, puesto que el rey lo tomó, lo rompió en pedazos con una cuchilla de afilar plumas de

escribano, y arrojó los restos al fuego de un brasero, donde todo se consumió. Pensó que, una vez quemado, el mensaje jamás se cumpliría. Pero Dios ordenó que Jeremías dictara todo otra vez, e hizo que la sentencia de Joacim fuera más severa aún:

“Cuando los príncipes dijeron al rey Joaquim lo que Baruc había leído, ordenó inmediatamente que trajesen el rollo a su presencia y que se lo leyesen. Uno de los acompañantes reales, llamado Jehudí, buscó el rollo, y empezó a leer las palabras de reprensión y amonestación. Era invierno, y el rey y sus asociados en el gobierno, los príncipes de Judá, estaban reunidos en derredor de un fuego abierto. Apenas se hubo leído una pequeña porción cuando el rey, en vez de temblar por el peligro que le amenazaba a él y a su pueblo, se apoderó del rollo, y con ira frenética ‘rasgólo con un cuchillo de escribanía, y echólo en el fuego que había en el brasero, hasta que todo el rollo se consumió’ (Jeremías 36:23).

“Ni el rey ni sus príncipes sintieron temor, ‘ni rasgaron sus vestidos’. A pesar de que algunos de los príncipes ‘rogaron al rey que no quemase aquel rollo, no los quiso oír’. Habiendo destruido la escritura, la ira del rey impío se despertó contra Jeremías y Baruc, y dio inmediatamente órdenes para que los prendiesen; ‘mas Jehová los escondió’ (versículos 24-26)”. [2]

¿Por qué Joacim echó los restos en el fuego? Por rebeldía. Había sido rey por decisión divina, pero quería dominar sin Dios, conforme sus propios deseos. Se volvió tan rebelde e independiente de Dios que no aceptó ningún mensaje que proviniera de Él. Se apartó tanto de Dios que cortó toda relación. Y eso tiene nombre. Se denomina “pecado contra el Espíritu Santo”.

En nuestros días no tenemos a Jeremías, pero tenemos a Elena G. de White como mensajera, Y muchos de nosotros nos comportamos como Joacim, quemando lo que ella escribió, no creyendo en sus mensajes ni considerándolos como algo a seguir. Un libro que prácticamente no se lee, pero que es un mensaje interno para la iglesia, donde hay advertencias para nosotros en estos últimos días es *Testimonios para los ministros*. Si este libro fuera leído y tenido en cuenta, las cosas serían muy diferentes en nuestra iglesia. “El espíritu de oposición a la reprensión, que condujo a la persecución y encarcelamiento de Jeremías, existe hoy. Muchos se niegan a escuchar las repetidas amonestaciones, y prefieren escuchar a los falsos maestros que halagan su vanidad y pasan por alto su mal proceder. En el día de aflicción, los tales no tendrán refugio seguro ni ayuda del cielo. Los siervos escogidos de Dios deben hacer frente con valor y paciencia a las pruebas y sufrimientos que les imponen el oprobio, la negligencia y la calumnia. Deben continuar fielmente la obra que Dios les dio y recordar que en la antigüedad los profetas, el Salvador de la humanidad y sus apóstoles sufrieron también insultos y persecución por causa de su Palabra”. [3]

¿Cuál habría sido el objetivo de Dios al llevar a Jeremías a dar aquél mensaje a los habitantes de Jerusalén, a los nobles y al rey? “Dios quería que Joaquim escuchase los consejos de Jeremías y que, obteniendo así favor en ojos de Nabucodonosor, se ahorrase mucha aflicción. El joven rey había jurado fidelidad al gobernante babilónico; y si hubiese

---

[2] Elena G. de White, *Profetas y reyes*, p. 320.
[3] *Ibíd.*, p. 322.

permanecido fiel a su promesa, se habría granjeado el respeto de los paganos, y esto habría dado preciosas oportunidades para convertir almas”. [4]

¿Y cuál habría sido el resultado si el rey hubiera escuchado el mensaje? Se hubiera podido concretar, como lo hemos leído en la cita previa, en la conversión de algunos babilonios. Pero tal como sucedió, ninguno de ellos se convirtió. Por el contrario, no sólo se mantuvieron en la idolatría, sino que también el rey Joacim tuvo un resto del reinado signado por la tragedia. “Despreciando los privilegios especiales que le eran concedidos, el rey de Judá siguió voluntariosamente el camino que había escogido. Violó la palabra de honor que había dado al gobernante babilónico, y se rebeló. Esto le puso a él y a su reino en grave aprieto. Fueron enviadas contra él ‘tropas de Caldeos, y tropas de Siros, y tropas de Moabitas, y tropas de Amonitas’ (2 Reyes 24: 2), y se vio sin fuerzas para evitar que esos despojadores arrasaran la tierra. A los pocos años, llegó al fin de su reinado desastroso, abrumado de ignominia, rechazado por el Cielo, privado del amor de su pueblo y despreciado por los gobernantes de Babilonia cuya confianza había traicionado, y todo eso como resultado del error fatal que cometiera al desviarse del propósito que Dios le había revelado mediante su mensajero designado”. [5]

Este asunto es muy serio para nosotros, el pueblo del Advenimiento. Tenemos una gran obra interna antes de que el Fuerte Pregón llegue a su punto de máxima intensidad. En las condiciones en las que la iglesia se encuentra actualmente, con la mundanalidad insertada en ella, Dios no va a concederle poder como ocurrió en el tiempo del Pentecostés. Antes se necesita concretar una reforma y un reavivamiento. Y aquellos que no sean reavivados, deberán ser zarandeados hacia fuera. Notemos, no se fundará otra iglesia para realizar tal reforma. Esta ocurrirá dentro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y aquellos que no estén de acuerdo con esa reforma, saldrán zarandeados hacia fuera. En la reforma y el reavivamiento no se apartará otra iglesia salida de la actual. Junto con los que sean zarandeados, saldrá la mundanalidad y la moderna idolatría. Pera que no caigamos, en el zarandeo, debemos leer los escritos para nuestros días, no hacer de cuenta como que no existen, lo que equivaldría a echar los escritos en el fuego. Si actuamos como el rey Joacim, nos va a suceder algo parecido a lo que ocurrió con él: seremos separados del pueblo de Dios. Sin embargo, si –por el contrario– leemos esos escritos y nos reformamos, seremos reavivados, y participaremos del Fuerte Pregón, la última y poderosa advertencia al mundo. Entonces, luego vendrán las plagas y Jesús volverá. Y eso significará el fin del sufrimiento.

“¡Ay de mí!”

Baruc, por lo que parece, se había asociado con Jeremías para intentar hacer una gran obra por su nación. El sabía que Jeremías era un grande y poderoso hombre de Dios. Por lo tanto, con una persona así, se podía hacer una reforma profunda en la nación dominada por el imperio babilónico. Todavía había tiempo, pues todavía había un rey en Judá, y con Dios se podía revertir la situación. Para esto, es evidente para Jeremías y Baruc, que todos, desde el rey y hasta el pueblo, se volvieran a la obediencia a la voluntad divina. Baruc era un humilde y sincero siervo de Dios, bien intencionado y lleno de buena voluntad. Pero sus expectativas se frustraron. Tan pocos fueron los que tomaron en serio los últimos mensajes de Dios enviados al pueblo y al rey a través de Jeremías, escritos y entregados a través de Baruc, que un día entró en desesperación. Se des-

---

[4] *Ibíd.*, pp. 322, 323.
[5] *Ibíd.*, p. 323.

animó completamente. Tenía buenos planes para su pueblo, pero ese pueblo, los nobles y el rey, eran como un muro de temerosos y rebeldes, irreconciliables con Dios. No servía de nada hacer algo, no se doblegaron ante Dios, persistieron en su rebeldía contra el Único Ser que podría sacarlos de la profunda crisis en la que se encontraban. La situación iba a empeorar, y mucho, conforme los mensajes que habían sido enviados y que él, Baruc, conocía muy bien. No sólo él quería evitar lo peor, sino que quería restaurar a la nación. Pero los que apoyaban esta idea eran tan poco que llegó el momento en el cual Baruc perdió la esperanza.

Y cuando alguien pierde la esperanza, es el final de cualquier expectativa de que las cosas mejoren. Y en situaciones así muchos se quitan la vida, pero otros se acercan más a Dios. Pocos son los que lo hacen, pero hay.

Baruc era fiel a Jeremías y a Dios, y no quedó a ciegas en cuanto al futuro. Dios le envió, a través del profeta, un pequeño mensaje acerca del futuro. Este mensaje lo encontramos en Jeremías 45: "Ésta es la palabra que el profeta Jeremías le comunicó a Baruc hijo de Nerías, en el año cuarto del gobierno de Joacim hijo de Josías, cuando Baruc escribía en un rollo estas palabras que Jeremías le dictaba: 'Así dice el Señor, Dios de Israel, acerca de ti, Baruc: Tú dijiste: '¡Ay de mí! ¡El Señor añade angustia a mi dolor! Estoy agotado de tanto gemir, y no encuentro descanso. Pues le dirás que así dice el Señor: Voy a destruir lo que he construido, y a arrancar lo que he plantado; es decir, arrasaré con toda esta tierra. ¿Buscas grandes cosas para ti? No las pidas, porque voy a provocar una desgracia sobre toda la gente, pero a ti te concederé la posibilidad de conservar la vida dondequiera que vayas afirma el Señor. Ése será tu botín" (Jeremías 45:1-5; NVI),

"En el cuarto año del reinado de Joacim, alrededor del 605 a.C., Baruc, el ministro del Señor, recibe un mensaje por encontrarse deprimido y temeroso en relación al futuro. La tristeza de este hombre había sido el resultado de la percepción de las implicancias de las profecías de Jeremías. Ante su angustia, el profeta debió recordarle a Baruc la tristeza del propio Dios en relación a la calamidad inevitable que vendría sobre la nación. Ese temeroso hombre de Dios se había deprimido al testificar del mensaje del juicio (Jeremías 45:3). Pero El Señor le dio un mensaje de ánimo a fin de que no pusiera su esperanza en el futuro de Judá y para que se tranquilizara, pues su vida sería preservada, por haber priorizado la Palabra de Dios (Mateo 6:33) pues, tal como Juan, el Bautista, había valorizado la obra de Dios en desmedro de él mismo (Juan 3:30). Aquellos que temen al Señor sabe que la prueba (1 Pedro 4:12-19), produce oro puro (Job 23:10)".

Reflexionemos sobre este episodio. Era tiempo de retribución. Los pecados de la nación a causa de la rebeldía habían llegado al punto de la insustentabilidad. Había terminado el tiempo de enviar mensajes de advertencia, y había llegado el tiempo del castigo y sin aminorar su alcance. Había llegado el tiempo de cosechar las consecuencias de la dureza de corazón del pueblo. Y los pocos que se habían mantenido fieles, hasta cierto punto debieron sufrir junto con los obedientes. Jeremías y Baruc, y algunos otros, habían sido obedientes, pero Dios no los colocaría bajo una burbuja de protección para que vivieran bien, construyendo, comprando y vendiendo. No podía hacerlo, aún cuando fuera capaz de hacerlo. Si Dios actuara protegiendo totalmente a los que le son fieles, entonces Él generaría condiciones para que las personas lo siguieran, no por amor, sino por intereses de protección.

Nosotros estamos nuevamente viviendo en tiempos así. Este mundo ya no es el lugar de la justicia. Aquí mucha gente buena sufre y muchos malos viven bien. Aquí muchos malos explotan a personas buenas. Y eso cada vez más acrecienta la cantidad de malos y disminuye la proporción de las personas buenas. Son estas personas buenas las que pagan sus impuestos, cada vez más exigentes. Y de estos impuestos pagados fielmente se aprovechan muchas personas malas. El mundo de pecado es así, un lugar injusto, donde la vida puede ser bastante difícil para las personas de buen carácter. Aquí, por ejemplo, hay muchos evasores de impuestos a los que les va bien, y algunos buenos ciudadanos cumplidores de sus compromisos cuyos negocios quiebran por ser honestos. Aquí vemos muchas personas traficantes de drogas cuyos hijos estudian en los mejores y más caros colegios, y muchos hijos de gente correcta que se pierden en las calles por causa de aquellas drogas. Aquí todo está invertido, y si Dios nos protegiera totalmente de las condiciones imperantes en este mundo, nos acostumbraríamos tanto que ya no lo consideraríamos un lugar arruinado, y no nos empeñaríamos tanto en salir de aquí. Y la demora del regreso de Jesús sería aún mayor. Pareciera que nosotros, los siervos de Dios, siempre tenemos que tener buenas razones para un fuerte deseo de que Jesús vuelva, y parece que esos motivos desgraciadamente pasan por el sufrimiento. Sin sufrimiento, hasta los hijos de Dios, como los antiguos judíos, se acomoda, y se sienten apacibles las atracciones del mundo. Así, el evangelio nunca sería predicado a todos, y Jesús nunca volvería. Y ese es exactamente el plan de Satanás. Y Dios no es un tonto que caería en un plan así, el plan del enemigo. Por lo tanto, todo lo que pasamos, muchas veces lo consideramos injusto. Porque es injusto, tal como aconteció mientras Jesús estuvo en esta tierra. En este mundo, las cosas que suceden no son justas. Y nuestro centro no debe ser este mundo, sino la Tierra Nueva. Allí es un lugar de amor, de justicia y de felicidad con vida eterna.

Y hay otro factor muy importante: no siempre nuestra voluntad es la mejor. Tal vez lo que imaginamos que sea bueno para nosotros hoy, si nos fuera concedido por Dios, puede resultar en algo muy ruinoso para nosotros más adelante, Y tal vez aquello que para nosotros hoy es prácticamente inaceptable, puede evitar algo peor más adelante. Como Dios ve el futuro antes de que se haga realidad, es siempre bueno, en nuestro ejercicio de la fe, permitir que Él haga de acuerdo con sus criterios, no con los nuestros. En todo lo que nos acontece, que es malo, el mal no puede provenir de Dios, sino que es consecuencia de que estamos en un mundo de pecado, aún cuando algo bueno pueda ser capitalizado por nosotros. No son pocos los que pasan su vida aquí en la tierra sufriendo, pero heredarán la vida eterna, lo que quizás no sucedería si no hubiera sido por esas privaciones. Por lo tanto hay una compensación. Muchos, sin el sufrimiento, se volverían orgullosos y presumidos; con el sufrimiento, se mantienen humildes y conectados a Dios.

Baruc recibió el mensaje de Dios de que, desafortunadamente, había llegado la hora en que Él, Dios, debía destruir todo. Los hombres se habían vuelto insoportables. Pero a Baruc y Jeremías, les garantizó la vida.

Hacia el final de los tiempos, no perder la vida, por caso, la vida eterna, será lo máximo que debamos esperar de parte de Dios. No habrá otra mayor garantía en esta tierra. ¿Qué significa esa garantía? Que en la Tierra Nueva, allí tendremos la recompensa, la que ni siquiera podemos imaginar plenamente, de tan superior que es. Soportemos, entonces, con fidelidad, un poco más, sea lo que sea que caiga sobre nosotros. Es sólo un poco más de tiempo.

¿Qué hay en esto para mí?

De este estudio estamos aprendiendo un punto importante partiendo de la lógica de la vida en este planeta. Cuando las condiciones sean favorables, podremos trabajar, que nos vaya bien en la vida, adquirir bienes, enriquecernos y vivir confortablemente. Pero no todos debemos querer una vida así y soñar con ella. Hubo épocas en el pasado en el cual el contexto permitía una vida buena, y hubo contextos en los que eso fue imposible. Y hacia el final de los tiempos, quien desee salvar su vida, habrá conseguido lo máximo, más allá de todo lo demás.

Dios le dijo a Baruc que le preservaría la vida. Y que eso sería su botín, o sea, su recompensa de guerra. Pero no olvidemos que Dios ya había señalado a Jeremías que luego ser harían negocios en Jerusalén y en Judá, y por eso compró un campo, hizo la escritura y la colocó en una vasija bien protegida. En el futuro, esa propiedad sería utilizada para plantar y producir, o para revenderla. Pero durante el tiempo de guerra, quien saldría de ella, ya estaba obteniendo lo suficiente. En el desenlace de la historia, en el Armagedón, es cierto que nada de la vida nos llevaremos, si somos fieles.

En estos días venturosos, en los que los negocios son muchos, en los que todavía se puede enriquecer, no olvidemos que son los últimos días de vida razonablemente buena aquí en la tierra. En medio tenemos la posibilidad de tener las cosas del mundo, muchas de ellas buenas, pero otras que debemos rechazar, si queremos salvarnos. Y especialmente debemos aceptar las pérdidas cuando ellas vengan, porque vendrán. No nos engañemos pensando que siempre seremos bendecidos con bienes. No podemos confundir bendiciones con riquezas. Y especialmente debemos saber distinguir lo que es bueno en el mundo y lo que es la mundanalidad. Debemos entender que muchas cosas del mundo no son buenas, y que en él hay personas sutiles y expertas, que sirven como agentes de Satanás para hacer perder la vida de aquellos siervos de Dios. “Teniendo ante nuestra vista el cuadro de la degradación del mundo en lo que se refiere a la moda, ¿cómo se atreven los cristianos profesos a seguir la senda de los mundanos? ¿Daremos muestras de sancionar estas modas desmoralizadoras adoptándolas? Muchos adoptan las modas del mundo, pero es porque no se ha formado en ellos Cristo, la esperanza de gloria. Se practica la vida lujosa, el vestir extravagante, hasta el punto de constituir una de las señales de los últimos días”. [6]

En estos días finales es necesario que sepamos que debemos ser prudentes como las serpientes, o caeremos en alguna trampa. No es suficiente que tengamos nuestro nombre en la lista de miembros de la iglesia. Forma parte de nuestra experiencia, pero no salva a nadie. Dejamos esta cita para que reflexionar, y para concretar un cambio de actitud: “Es una solemne declaración la que hago a la iglesia, de que ni uno de cada veinte de aquellos cuyos nombres están registrados en los libros de la iglesia se halla preparado para terminar su historia terrenal, y que estaría tan ciertamente sin Dios y sin esperanza en el mundo como el pecador común. Profesan servir a Dios, pero están sirviendo fervientemente a Mammón. Esta obra que se hace a medias es una negación constante de Cristo, más bien que una confesión de Jesús. Muchos han traído a la iglesia su propio espíritu insubordinado, carente de refinamiento. Su gusto espiritual está pervertido por sus propias corrupciones inmorales y degradantes, y simbolizan al mundo en espíritu, en corazón y en propósito, confirmándose a sí mismos en prácticas lujuriosas, completamente llenos de engaño en su profesa vida cristiana. ¡Viven como pecadores, y pre-

[6] White, *Mensajes para los jóvenes*, p. 357.

tenden ser cristianos! Los que pretenden ser cristianos y confesar a Cristo deben salir de entre ellos, y no tocar cosa inmunda, y separarse". [7]

Aplicación del estudio

¿Se puede destruir un mensaje enviado por Dios? Joacim lo intentó, rompió en jirones el papiro y lo tiró al fuego. ¿Acabó eso con el mensaje? ¿Evitó eso que él se cumpliera?

Aún cuando Jeremías no hubiera dictado nuevamente el mensaje, se habría cumplido indefectiblemente. ¿De qué sirvió entonces que el rey lo destruyera? En un acto de ira arrogante, intentó ponerse por encima de quien había enviado el mensaje. El rey intentó hacerse mayor que dios, pensando que podía anular el efecto de aquellas palabras, que ellas no se cumplirían si eran destruidas. Pero no sólo esas palabras fueron restauradas con su cumplimiento de manera íntegra, sino que se añadieron otras más, y todo eso se cumplió: Jerusalén fue arrasada.

Lo mismo puede decirse de la Biblia. ¿Puede alguien anular el sagrado texto? ¿Puede alguien modificarlo? Alguien podría echar en la hoguera millones de copias, alterar partes del texto sagrado, pero la Palabra de Dios ha sido tan bien escrita que esas alteraciones se denuncian por sí mismas, tanto como es imposible eliminar el texto sagrado. ¿Cuántas copias imaginas que existen de la Biblia en la actualidad? Es imposible estimarlo, pero sabemos que hay más de 2.000 traducciones de ella. ¿Sería viable hoy erradicar el texto sagrado?

Todo lo que proviene de Dios, Él mismo vela por lo que es suyo. Que nadie cometa la arrogancia y vanidad de suponer que puede vivir conforme a su voluntad degenerada, pues si eso no es destruir un texto sagrado como aquél rey hizo, lo es el hecho de volverlo inútil en su vida. Si no podemos destruir siquiera un mensaje de Dios, podemos –no obstante– invalidarlo a través del libre albedrío, impidiendo en nosotros la formación de un carácter útil para la eternidad.

En estos últimos días nuestra opción es ser como aquél rey Joacim, que no aceptó las orientaciones del texto sagrado; o como Jeremías, que alertó al mundo sobre cuál es la santa, justa y buena voluntad de Dios para el ser humano.



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

[7] White, *Servicio cristiano*, pp. 52, 553.